MUNDO DE LIBROS

Ni rey ni roque (3-4 de 4): episodio histórico del reinado de Felipe II, año de 1595

PATRICIO DE LA ESCOSURA

EDICIÓN DIGITAL

Vista previa gratuita - Mundo de Libros - tiendamundodelibros.com

Ni rey ni roque (3-4 de 4): episodio histórico del reinado de Felipe II, año de 1595

Patricio de la Escosura

Edición digital de dominio público.
Texto original: Project Gutenberg.
Mundo de Libros

NOTA DE TRANSCRIPCIÓN

* Las cursivas se muestran entre _subrayados_ y las versalitas se han convertido a MAYÚSCULAS.

* Los errores de imprenta han sido corregidos.

* La ortografía del texto original ha sido modernizada de acuerdo con las normas publicadas en 2010 por la Real Academia Española.

* La puntuación y la toponimia también han sufrido ligeros retoques para su modernización.

* Se han separado en párrafos distintos las intervenciones dialogadas allí donde el texto adopta forma de diálogo, añadiendo y espaciando las rayas según los modernos usos ortotipográficos.

* Los documentos, cartas y misivas se presentan sangrados para mejor distinguirlos de otros entrecomillados.

* Se ha compilado y añadido un Índice al final del volumen pese a que el original impreso no lo incluye.

Ni rey ni Roque

NI REY NI ROQUE

EPISODIO HISTÓRICO
DEL REINADO DE FELIPE II,
AÑO DE 1595

NOVELA ORIGINAL

ESCRITA

POR DON PATRICIO DE LA ESCOSURA,

AUTOR DEL CONDE DE CANDESPINA

TOMO III

Madrid

Imprenta de Repullés

—

AÑO DE 1835

NI REY NI ROQUE

CAPÍTULO PRIMERO

Más padres tiene que miembros;

Acomodad, pues, el mío,

La que queréis encajarme

Esto de padre postizo.

(Quevedo).

En tanto que sus amores con la bella pastelera absorbían toda la atención de Vargas, ocurrían en su propia familia acontecimientos de la mayor importancia para él, y que, a pesar de que se ponía algún cuidado en ocultárselos, hubiera podido cuando menos sospechar, si no se hallara tan preocupado en sus propios asuntos.

Siete meses hacía que el marqués, gracias, como se ha dicho, a su primo el comendador Hinojosa, había roto sus relaciones con la

supuesta viuda del contador de Indias. Hizo en ello el pobre un gran sacrificio a lo que se le dijo que su pundonor exigía, pues tal era la debilidad de su carácter y la pasión que había sabido inspirarle la diestra meretriz que acaso la hubiera perdonado sus infidelidades, dando crédito a las reiteradas protestas de arrepentimiento y enmienda que, aun en el acto de verse sorprendida, le hizo con fingidas lágrimas. Por fortuna Hinojosa, que se hallaba presente, impuso silencio a aquella insolente, y arrancó de sus redes al obcecado amante.

No por esto perdió ánimo Violante: la posesión de un hombre rico, apasionado y tonto era demasiado preciosa para dejarla perder sin que hiciese por evitarlo los mayores esfuerzos. Así, pasados los primeros ocho días después de la riña, y enterada por sus espías de la gran melancolía del marqués, creyó oportuno escribirle un billete lleno de pasión, de arrepentimiento, y de protestas de darse una muerte violenta si su adorado amante no quería perdonarla.

Si el tal billete hubiera llegado a su destino no tiene duda que produjera el afecto que de él se prometió quien lo escribía; pero Hinojosa estaba alerta. Previendo desde luego que Violante no dejaría de intentar el recobro de su perdida cucaña, tomó tan bien sus medidas que la carta cayó en sus manos, y apaleó lindamente al portador prometiéndole que le haría la cabeza añicos si bajo cualquier pretexto osaba volver a presentarse en aquella casa.

El pobre mensajero volvió a la de Violante con las orejas bajas, y pintó con tan vivos colores la manera con que le habían recibido, protestando con tales veras que no volvería aunque en recompensa le ofrecieran todo el oro del mundo, que de allí en adelante no encontró

la dama criado que quisiera encargarse de semejantes comisiones.

Tomó entonces el partido de rondar en persona las cercanías de la casa de su amante, decidida a hablarle si lograba la dicha de verle salir solo de ella alguna vez. También esta tentativa salió frustrada. El marqués salía raras veces, y siempre acompañado del inflexible comendador, del cual Violante temía, no sin fundamento, que la tratase con tanto o más rigor que a su criado.

Todas estas dificultades, y la falta que desde el principio empezaron a hacerla los espléndidos regalos del marqués, exasperaron el ánimo de aquella mujer en vez de abatirlo.

El amante por quien vendía al hermano de don Juan, que era uno de aquellos hombres despreciables cuya especie se ha conservado por desgracia hasta nuestros días, que comerciando con las gracias de su persona se humillan hasta el punto de recibir un salario de la ramera descarada, así que la vio sin la mina donde hasta entonces había estado surtiéndose con profusión de cuanto necesitaba para sostener sus vicios, la abandonó sin consideración alguna, desapareciendo de la noche a la mañana y llevándose, de paso, las alhajas que encontró más a mano. Y no era esta sola la desgracia que tenía que experimentar Violante, pues la suerte le reservaba otra que en su situación parecía aun más terrible que todas. A poco tiempo de verse abandonada por sus dos amantes se confirmó en la sospecha que antes había tenido de hallarse encinta. Los primeros días creyó aquella infeliz volverse loca; pero meditando después en su situación formó un plan para salir de apuros que no podía estar mejor combinado.

Redujo a dinero metálico las muchas joyas que aún le quedaban, y aumentando con él y con lo que produjo la venta de sus magníficos

muebles el bolsillo que había tenido la prudencia de ocultar a su pérfido amante, se halló con un capital que, depositado en manos seguras, le producía lo bastante para vivir con decencia, si bien con la más severa economía.

Hecho esto tomó una habitación reducida, conforme a su nueva posición, no muy lejos de la casa del marqués; y sin más asistencia que la de una sola criada, entabló una vida tan retirada como antes la había tenido bulliciosa. Desaparecieron las galas y los adornos, reemplazándolos un modesto hábito del Carmen y un manto negro. En vez de los banquetes y festines se sustituyeron las misas y devociones. En una palabra, en menos de un mes la cortesana Violante se convirtió en una beata, que tenía asombrado a su barrio con la ejemplar vida que hacía.

Por más de tres días fue aquella mujer el objeto de la conversación general en todo Valladolid. Los hombres decían que se había vuelto loca; las viejas, que Dios la había tocado en el corazón; los predicadores, con alusiones sobradamente claras, incitaban a seguir el ejemplo de aquella pecadora a todas las que se hallaban en su caso; pero las mujeres jóvenes y algunos hombres de talento pensaban que aquello no era más que una nueva farsa. Hinojosa opinaba también del mismo modo; y el marqués no opinaba nada, porque como a nadie veía más que a su primo y al capellán Teobaldo, y ambos se guardaban muy bien de hablarle de semejante materia, ignoraba cuanto pasaba.

Desde que Violante adoptó su nuevo método de vida, renunció absolutamente a hacer diligencia ninguna para reconciliarse con el marqués; y el comendador, que al principio había temido que todo

aquel aparato de devoción y reforma de costumbres no fuera más que una añagaza para sorprender a su incauto primo, acabó por persuadirse de que la dama no pensaba ya en él. Este era precisamente el punto más importante para la ninfa. Hinojosa era su más temible, o por mejor decir, su único enemigo, pues don Juan ni la conocía, ni pensaba en ella; el padre Teobaldo era un sandio personaje muy fácil de engañar, y el marqués estaba vencido con poquísimo trabajo a favor suyo.

Un mueble, el más indispensable para toda devota, es un director espiritual; y para los fines de Violante lo era entonces extremadamente. Lo importante era hacer una elección acertada. El padre Teobaldo fue la persona en quien primero se fijó; pero reconoció desde luego la imposibilidad de lograrlo, pues aquel capellán, afecto al servicio particular de la familia del marqués, y haciendo una vida sedentaria por hábito, por vejez y por inclinación, no ejercía jamás sus funciones sacerdotales fuera del oratorio de la casa de los Vargas.

Como su vida anterior la tenía a mucha distancia de los eclesiásticos, a excepción de uno que otro cortesano, fue preciso que se dirigiese a varias beatas con quienes había hecho conocimiento desde que ella lo era también; y después de haber escuchado con atención sus informes sobre diferentes religiosos, eligió por fin para su director espiritual a cierto dominico anciano, llamado el padre maestro Retamar, hombre célebre por su piedad, y más aún por su candor y beneficencia.

El bueno del padre la recibió con amor; oyó lo que quiso decirle; le prometió su asistencia y auxilios; y en una palabra, dando crédito a la fingida historia de seducción que le plugo a la ninfa contarle, aunque

sin nombrarle por entonces el seductor, se aficionó a ella sobremanera.

Sucedió que Violante tuvo una ligera enfermedad. El padre Retamar fue a verla diariamente, y como su edad y buena reputación le ponían enteramente a cubierto de toda suposición maligna, el resultado fue que todo el que lo supo empezó a creer sincero el arrepentimiento y verdadera la reforma de aquella mujer. Las beatas de aquel barrio se deshacían en alabanzas de la nueva Magdalena: no faltaba entre ellas quien opinase que si continuaba viviendo de aquella manera, podría llegar a ser una bienaventurada.

No dejaba de tener mérito tampoco para Violante la novedad de su posición. Fijar la atención del público había siempre sido su mayor deseo. Hacerlo escandalizando o edificando debía serle, y le era en efecto, indiferente. Además, los placeres la habían ya saciado, y si bien no dejaba alguna vez de bostezar de aburrimiento en la iglesia debajo de su manto, hallaba la compensación en la perspectiva de asegurarse para siempre una fortuna sólida e independiente.

Entre tanto su preñez adelantaba aproximándose a su término, y con él llegaba la época fijada para la ejecución del gran proyecto.

Una tarde, pues, que el reverendo Retamar a la vuelta del paseo había entrado a verla, la halló deshaciéndose en lágrimas con el rosario en la mano, y preguntándola qué era lo que tanto la afligía, respondió la taimada:

—¿Qué ha de afligirme, padre mío? Mis pecados son muchos, pero la pena que por ellos se me impone en este mundo es superior a mis fuerzas.

—No digáis eso, hija; no lo digáis: por graves que vuestras penas os parezcan, el Señor, que os las envía, sabrá por qué: llevadlas con resignación, hija, y se os recibirán en descuento de vuestras culpas.

—Padre mío, por mí no lo siento: conozco que todo castigo es poco para mi fragilidad; pero si queréis oírme un momento a solas sabréis la justa causa de mi dolor.

El compañero del padre maestro tuvo la bondad de salirse al cuarto donde estaba la criada, y solos aquel y su penitente, empezó esta a decir:

—Yo, padre, soy viuda de un contador de Indias: volví joven a España, y me establecí por desdicha en Valladolid. Dios ha querido dotarme, según dicen, de alguna hermosura; ella y mi genio festivo atrajeron inmediatamente a mi casa a todos los caballeros más jóvenes, más galanes y también más libertinos de la ciudad.

—Cosa demasiado natural, hija mía, demasiado natural; pero todo eso ya me lo habéis dicho diferentes veces.

—Quiero tomar las cosas desde el principio, para presentaros completo el cuadro de mis desdichas y flaquezas.

Diciendo esto empezó Violante a llorar de nuevo con profundo sollozo, tanto que el pobre fraile tuvo que acudir a su pañuelo, y medio lloroso aún la dijo:

—Confianza en Dios, que es misericordioso; prosiga, hermana, prosiga.

—Muchos fueron los que desde luego me galantearon, pero desechados inmediatamente, tuvieron bastante cordura para limitarse

Hasta aqui llega la vista previa gratuita.

Sigue leyendo este libro completo en tu biblioteca:

compralo por $20 MXN o leelo con la Membresia ($149 / 30 dias).

tiendamundodelibros.com